



La fragilidad liberal y la influencia conservadora: el pasado y el futuro de la política estadounidense

*John Patrick Diggins**

¿Cómo lograr que haya un sentido en la política estadounidense? En las elecciones de la mitad del periodo de 1994, el Partido Republicano arrasó y se apoderó del control de ambas Cámaras del Congreso y de la mayoría de las gubernaturas estatales. El Partido Demócrata se hundió en el pánico y muchos de sus integrantes culparon al presidente Clinton por la inesperada derrota en las casillas electorales.

Clinton inició su administración apoyando la admisión de los homosexuales en la milicia, postura que provocó fuertes controversias; después nombró a su esposa Hillary coordinadora de la nueva propuesta para reformar el sistema de seguridad médica. Lo que siguió fue

* Profesor Distinguido de Historia en The Graduate School and University Center, The City University of New York.

el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), el programa más importante que Clinton logró que pasara por el Congreso. Algunos especialistas opinaron que la derrota demócrata en 1994 se debió a estas cuestiones combinadas con las de acción afirmativa y el derecho al aborto, puesto que ahuyentaron a los obreros y a la clase media suburbana. Al parecer, el liberalismo se ha alejado de la ruta de la política estadounidense, pero el presidente Clinton es de nueva cuenta popular. ¿Qué es lo que influyó para este cambio tan sorprendente en la opinión pública?

Algunos republicanos admiten que han sido muy confiados y que se han extralimitado en su afán por llevar a la práctica el Contrato con América, que avala grandes reducciones en el gasto gubernamental para equilibrar el presupuesto y reducir el déficit. La estrategia resultó contraproducente cuando el enfrentamiento con el presidente Clinton orilló al cierre de algunas ramas del gobierno y a un miedo creciente del pueblo, en cuanto a que los republicanos intentaban reducir todos los programas de beneficio, no solamente el sistema de bienestar social sino también el seguro social, Medicare y Medicaid. Los republicanos presupusieron que Clinton retrocedería en su posición, lo cual no hizo. Es más, se ha granjeado la simpatía ya que aparece como el último bastión en contra del asalto de los republicanos al gobierno. Aun cuando Clinton se mantiene firme frente a los republicanos, le gustaría ver que el Partido Demócrata se ubicara en una posición más cercana a la de aquéllos como un medio para recuperar el electorado que perdió en 1994. El discurso del presidente, de enero de 1996, sobre la situación de la Unión, señala hasta qué punto le gustaría que los demócratas se movieran hacia el centro, e incluso un poco hacia la derecha.

En su discurso, Clinton señaló una serie de temas, respecto a algunos de los cuales podría él mismo asumir toda la responsabilidad, y otros que pidió a la nación enfrentar. Primero trató cuestiones económicas, y habló de las buenas noticias concernientes a la creación de ocho millones de empleos (sin mencionar la desaparición de los puestos mejor pagados debido a las reducciones), y del relativo éxito al equilibrar el presupuesto. El presidente aseguró a los estadounidenses que los cortes que se habían hecho no afectaban “nuestras obligaciones fundamentales para con nuestros padres, nuestros hijos y nuestro futuro al no poner en riesgo el Medicare, el Medicaid o la educación, o

el medio ambiente, o al no subir los impuestos a la clase trabajadora”. Continuó sugiriendo que la familia estadounidense podía fortalecerse al propiciar que los padres supervisaran lo que sus hijos ven en la televisión. También abogó por un continuo apoyo a la educación, así como por la lucha contra el crimen y por preservar el poder de las fuerzas armadas. Al principio de su discurso, a la mitad de un párrafo, afirmó: “la época de un gobierno gigante es cosa del pasado”, lo cual provocó una avalancha de aplausos. Al final reiteró: “Lo digo de nuevo, la época de un gobierno gigante es cosa del pasado”, una proclama que provocó que los miembros del Congreso se levantaran unánimemente en el paroxismo de la aprobación.

En este caso se entrevé una paradoja. Los estadounidenses, o por lo menos, algunos de ellos, escuchan atentamente a su presidente cuando habla de los logros de los programas del gobierno y acerca de qué más puede hacer éste por mejorar el país y lograr un mundo más seguro. Sin embargo, cuando el presidente anuncia que “la época de un gobierno gigante es cosa del pasado”, el público estalla en aplausos. ¿Qué pasa? ¿Cómo es posible que la gente, por un lado, pretenda que el gobierno participe en la resolución de los problemas del país y, por el otro, aplauda el fin de la noción de gobierno como tal? Es claro que no es posible resolver los problemas y los retos que se tratan en este discurso con un “gobierno disminuido”, o más aún, mediante los gobiernos locales o estatales, en especial problemas tales como el medio ambiente, la inmigración, las drogas, la seguridad militar y el crecimiento económico que implica una planeación nacional o, por lo menos, una guía o algunos lineamientos por parte del gobierno. Me gustaría sugerir que esta creciente ambivalencia hacia el aparato gubernamental ha sido una de las características fundamentales de la política estadounidense desde el inicio de su historia y es uno de los dilemas del liberalismo estadounidense, tema del cual hablaré más adelante. Sin embargo, en tiempos recientes, se ha generado otra explicación a la creciente insatisfacción con el gobierno; explicación que es un tópico común en círculos académicos y gubernamentales.

La frase “sociedad civil” ha resucitado en Estados Unidos después de haber estado ausente del discurso político por más de un siglo. Las primeras ocasiones en que se volvió a escuchar tal concepto fue en Europa del este, donde los pueblos de los países excomunistas decidie-

ron que tenían que encontrar distintas maneras para resolver su situación, aparte de las que sus gobiernos pudieran ofrecerles, por lo que el término “sociedad civil”, acuñado por el filósofo alemán G. F. W. Hegel, resurgió. En época más reciente, en Estados Unidos, es posible detectar tal concepto en el libro *Democracy in America*, del filósofo francés Alexis de Tocqueville, donde se elogian las “asociaciones voluntarias” y otras organizaciones que surgieron de manera espontánea en tiempos de cambio. Los que critican a Estados Unidos en la actualidad sostienen que los estadounidenses se han vuelto muy dependientes del gobierno federal y, como resultado, cuestiones tales como el vecindario, la comunidad y la familia han perdido toda su independencia y autoconfianza. Uno de los libros más importantes sobre el tema es el de Michael Sandel, *Democracy's Discontent: America in Search of a Public Philosophy*. Según Sandel, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Harvard, el Estado estadounidense se ha vuelto un “Estado procesal”, una institución que responde neutralmente a los diversos grupos de interés y a las diferentes facciones, sin distinguir valores o cuestiones de raza al asumir, de antemano, que la política trata de y con individuos autosuficientes, independientes y con voluntad propia. Tal suposición es falsa, según Sandel, porque las personas están “agobiadas por obligaciones civiles y morales que no eligieron voluntariamente”. En lugar de ser libres para elegir los valores personales o los modos de vida, todos crecemos como parte de una comunidad específica y estamos obligados a participar en las cuestiones que nos atañen. La esencia de la libertad en la “república cívica” es la participación dentro de la comunidad que influye en nuestro propio destino. Todo lo anterior produce una dispersión del poder político del gobierno federal a las comunidades locales.

Sandel cree que es en el ámbito inmediato y local del gobierno en donde se generan los valores y donde se forman las virtudes y la civilidad, por lo que el gobierno federal no puede seguir siendo meramente un donador de bienes y servicios, ya que hacerlo de este modo implica minar el carácter y la moral de sus ciudadanos.

Muchos estadounidenses estarían de acuerdo en afirmar que el gobierno se ha vuelto muy paternalista y procesal; sin embargo, todavía está por verse qué tanto están dispuestos a que el gobierno se aparte de sus vidas. Sobre esta cuestión hablaremos más adelante. Sin embargo, el segundo presupuesto de Sandel, respecto a que la responsabilidad

moral y la virtud cívica surge de los vecindarios y comunidades locales, tiene pocas bases desde un punto de vista histórico.

Si uno lee a los autores federalistas, es precisamente porque los estadounidenses fueron incapaces de gobernarse a sí mismos en varios estados, incapaces de practicar las virtudes cívicas y de anteponer los intereses generales a los particulares; este egoísmo cristalizó en la emisión de moneda barata y en la realización de otras acciones populistas e indebidas, tanto, que fue necesario un nuevo gobierno nacional y una nueva Constitución que ejerciera el control de cambio y de otros asuntos monetarios. En su libro *Democracy in America*, Tocqueville no está tan seguro de que la “sociedad civil” sea todo lo confiable como para superar la inclinación del país a un materialismo que sería más “pernicioso” que “benéfico” y un individualismo que tendería más a destruir los valores comunitarios que a mantenerlos. Tocqueville resaltó algo que se ha hecho característico hoy en día: los estadounidenses tienden mucho a la migración de modo que es difícil que mantengan algún sentido de la comunidad. Tal como apunta la profesora de leyes de la Universidad de Harvard, Mary Ann Glendon (en *The New Republican*, 1 de abril de 1996): “Es indudable que siempre estamos formando asociaciones; sin embargo, también es cierto que siempre las estamos disolviendo: yéndonos, moviéndonos, empezando de nuevo”. A lo largo de la historia de Estados Unidos, la gente permanece en las comunidades cuando tienen que hacerlo, pero en cuanto mejoran las circunstancias económicas vuelan en busca de mejores oportunidades, del centro de la ciudad a los suburbios y a las costas. Pocos niños se quedan en la ciudad en donde nacieron; los estadounidenses no son gente sedentaria. Mientras tanto, la política permanece como siempre y, para citar a la profesora Glendon: “Nadie tiene idea de cómo fortalecer la sociedad civil o fomentar el autogobierno”.

Pero algunos sí tienen una idea, o por lo menos piensan que la tienen, de cómo hacer que el gobierno sea atractivo de nuevo, no el gobierno local sino el gobierno nacional, que se ha convertido en el origen de todos los males en la mente del pueblo en general. Podría llamarse a estos teóricos “neohamiltonianos”, ya que creen en un gobierno nacional fuerte y también piensan que es el momento para que Estados Unidos reavive la noción positiva hacia el gobierno que caracterizaba la época progresista de la política estadounidense entre 1900 y

1920. Esta época comenzó con la carismática figura de Theodore Roosevelt, sin ninguna duda admirado más en Estados Unidos a fines del siglo XIX que en la memoria de México o de los países latinoamericanos, ya que Roosevelt no tenía ningún escrúpulo con respecto al futuro del Istmo de Panamá o en relación con sus planes hegemónicos en el Caribe. Sin embargo, Roosevelt estaba muy influenciado por el libro de Herbert Croly *The Promise of American Life* (1909), como lo están en la actualidad los neohamiltonianos. Croly creía que Estados Unidos se encontraba suspendido entre dos herencias contradictorias: un legado jeffersoniano —el cual consideraba que el Estado era una amenaza para la libertad y la democracia—, y un legado hamiltoniano —que abogaba por un Estado que fungiera como guía en la política y en la construcción del país—. Croly estaba a favor de la segunda postura; fue el primero en formular teóricamente lo que había sido el sueño del liberalismo: el Estado como un medio para promover los valores democráticos.

Hoy en día, una nueva generación de politólogos y escritores han revalorado el legado de Hamilton, Croly y Roosevelt y, por lo tanto, creen firmemente que el futuro del Partido Demócrata radica en tal legado. Escritores como Michael Lind, autor de *The Next New Nation*; E.J. Dionne, columnista del *Washington Post* y autor de *They Only Look Dead*, y Jacob Weisberg, escritor independiente que trabaja para *The New Republic*, pretenden volver a la época progresista. Fue en ese lapso en que el gobierno nacional amplió su área de influencia, no sólo fungió como guía sino que fue más allá al resolver problemas como el trabajo de menores, la jornada laboral de ocho horas, el salario mínimo, la seguridad en el trabajo, las compensaciones por invalidez o incapacidad y la inspección de alimentos. La época progresista también abordó cuestiones como las injustas tarifas de tren y despertó la conciencia popular hacia cuestiones como la del medio ambiente. Los progresistas no tenían una concepción coherente acerca de diversas causas. Defendían tanto posiciones proestatistas como en contra. Así como había miembros de la clase trabajadora inmigrante o nativa, también había elementos de la oligarquía con ciertos intereses en el gobierno. En el ámbito nacional, los progresistas tenían preocupación por el auge de los monopolios, la erosión de los valores tradicionales de aquellos estadounidenses que emigraban hacia las ciudades. Recono-

cían la importancia de que hubiera un eficiente manejo de los recursos en el gobierno y en la industria.

Algunos académicos consideran que el progresismo es una derivación del movimiento populista que se extendió en todas las áreas rurales de Estados Unidos en la última década del siglo pasado. El populismo cristalizó el resentimiento hacia el apogeo del industrialismo urbano y, sobre todo, la influencia de Wall Street en el gobierno y la hegemonía de la clase alta. Sin llegar a ser anticapitalistas, los populistas se pronunciaron en contra de las grandes empresas y demandaron, entre otras cosas, un impuesto sobre la renta escalonado y la nacionalización de los ferrocarriles.

¿Es posible en la actualidad retomar una tradición progresista-populista? Cuando hoy en día uno escucha la palabra “populismo” en los medios masivos de comunicación, la referencia concreta se limita a un sentimiento de enojo en contra del gobierno que no tiene nada que ver con las empresas y Wall Street. En relación con el progresismo, algunos escritores demócratas lo han adoptado ya que la palabra “liberalismo” no tiene muy buena acogida en la actualidad. Es pertinente recordar que, durante la convención demócrata de 1992, no había ningún indicio de que la fórmula Clinton-Gore se asociara de algún modo con el liberalismo tradicional del pasado. No se vieron imágenes de Franklin D. Roosevelt o de Harry Truman. Tan alejados se encuentran los demócratas que apoyan a Clinton del Partido Demócrata del pasado, que incluso la conocidísima canción “Happy Days Are Here Again” no se escuchó en el salón de convenciones. Ambos, Clinton y Gore, se la pasaron exhibiéndose con sus familias en lugar de hablar de sus proyectos políticos. Lo que el gobierno debiera o no debiera hacer pierde importancia frente a los gestos simbólicos que defienden los valores conservadores de la familia y la comunidad.

Con F.D. Roosevelt y Truman, con el fugaz periodo presidencial de John F. Kennedy y después con los programas de la “Gran Sociedad” de Lyndon Johnson, la guerra contra la pobreza y los actos en pro de los derechos humanos, el gobierno en el ámbito nacional permeó cada rincón de la sociedad estadounidense. La revolución de Reagan de 1980 fue una cortapisa para la expansión del gobierno, aun cuando este proceso de expansión nunca se detuvo completamente, incluso con Reagan. Sin embargo, las elecciones de 1994 representaron la continuación de

una actitud generalizada en contra del gobierno por parte de la población estadounidense. En la actualidad, el electorado se encuentra tan confundido con respecto al gobierno como lo están los defensores de la sociedad civil y los que abogan por el progresismo. La confusión impera tanto en aquellos que conciben al “gran gobierno” como una amenaza para los valores del país y abogan por un regreso al autogobierno local, como en aquellos que creen que el país puede resucitar la tradición progresista que considera que el gobierno nacional puede ejercer un liderazgo sin menospreciar los valores cívicos. Mi propio punto de vista se inclina a creer que el problema de Estados Unidos va más allá de estas dos alternativas. La razón por la cual pienso que la tradición liberal es frágil y que el movimiento conservador aumenta día con día es que la historia estadounidense ha sido una historia de logros conservadores, a la cual no se ha tomado en cuenta porque ésta siempre ha sido, desde la época de Jackson y los escritos de George Bancroft, escrita por los historiadores liberales. Consideremos los tres problemas de la historia estadounidense: el problema Paine, el problema Parrington y el problema pragmático.

El problema Paine tiene que ver con el hecho paradójico de que el pensador más popular de la época de independencia se ha convertido en un héroe tanto para la derecha como para la izquierda de Estados Unidos. En su discurso inaugural, Reagan invocó dos veces a Paine: una para implicar que el gobierno “no era la solución a nuestro problema sino que es en sí mismo el problema”, así como para recordarle a los estadounidenses que ellos tienen el poder de “volver a empezar”. Paine incluso había advertido a los colonos que el gobierno reflejaba nuestra “debilidad” mientras que la sociedad respondía a nuestros “deseos”. El problema es que, a lo largo de la historia estadounidense, Paine ha sido invocado también por pensadores de la izquierda, por figuras como Henry Thoreau y Randolph Bourne. Hoy en día, uno de los más connotados historiadores estadounidenses, el profesor Eric Foner de la Universidad de Columbia, es un defensor acérrimo de las teorías de Paine; también, Sean Wilentz de la Universidad de Princeton, escribió *Chants Democratic* para documentar el grado en que el pensamiento de Paine, llevado hasta el extremo, influyó a los demócratas jacksonianos en los primeros años del siglo XIX. Por lo que incluso podríamos ubicar a Reagan en el campo de los académicos marxistas, ya que todos es-

tán de acuerdo en el valor de Paine, quien no vio valor alguno en todo aquello que emanara del gobierno.

El problema Parrington está en cierto modo relacionado con lo anterior. Vernon L. Parrington escribió un libro de tres volúmenes, *Main Currents in American Thought* (1927). En esta obra presentaba una tesis opuesta a la de Croly en su *Promise of American Life*. Tal y como lo concebía Parrington, todo lo bueno de Estados Unidos, todo lo que tiene que ver con el liberalismo y la democracia, todos los valores de bienestar y tolerancia, de virtud y de razón, vienen de Thomas Jefferson; mientras que todo lo malo, todo lo relacionado con la autoridad y la obediencia en lugar de la libertad y la oportunidad, todo lo que tiene que ver con el pecado y el mal más que con la inocencia y el bien, deriva de Alexander Hamilton y los calvinistas de Nueva Inglaterra. Un gran problema en relación con esta tesis es que todo aquello que ha sido progresista en la historia estadounidense, en especial la abolición de la esclavitud, deriva de los calvinistas. Es más, hubo quienes, como Jefferson, a pesar de creer en la igualdad, apoyaron la esclavitud; en cambio los que, como Hamilton, pensaban que la igualdad era un absurdo, se pronunciaron públicamente en contra de la esclavitud e incluso pugnaron para que los afroamericanos participaran en el ejército durante la guerra de independencia. Otro aspecto del problema Parrington es que, a pesar de que los valores democráticos sí derivan de Jefferson, la tradición antiestatal jeffersoniana no ofrece vía alguna para que tales valores puedan darse en la realidad. Cuando uno piensa que los derechos civiles, los derechos de la mujer, los derechos laborales y otras causas por el estilo no tenían oportunidad de tener éxito hasta ser protegidos por la Constitución, se tiene la impresión de que fue la institución defendida por Hamilton el factor esencial para que se llevaran a cabo las aspiraciones democráticas. El principio constitucional de protección igualitaria de las leyes ha hecho más por promover los derechos de las minorías que la idea de “sociedad civil”. La paradoja de Parrington es que Jefferson dotó al país de una serie de fines idealistas sin proveerlo de los medios para lograrlos.

Todo mundo está de acuerdo, incluso los conservadores republicanos como Reagan, en que F.D. Roosevelt fue uno de los grandes presidentes de Estados Unidos, a pesar de haber sido demócrata y liberal. Es obvio que Reagan se identificaba con el estilo comprometedor y la

forma exitosa en que Roosevelt manejaba al pueblo y a la prensa. ¿Cuál era su secreto como líder político? “Para Roosevelt, la técnica del gobierno liberal era el pragmatismo”, escribió Arthur Schlesinger Jr. en *The Politics of Upheaval*, el tercer volumen de su libro *The Age of Roosevelt*. El historiador liberal, quien también escribió sobre John F. Kennedy y Robert Kennedy y sobre Andrew Jackson, se enfocó hacia las facultades de Roosevelt para la experimentación política, sus métodos de ensayo-error, su impaciencia para la sistematización y la abstracción, su desconfianza hacia las soluciones dogmáticas y doctrinarias y su disposición a comprometerse y buscar soluciones neutras. El enfoque pragmático de Roosevelt sugiere, sin embargo, la razón de que el Nuevo Orden (*New Deal*) no constituyera un legado al cual Estados Unidos se comprometiera a largo plazo. Si el Nuevo Orden de la década de los treinta fue una adaptación pragmática a las condiciones de esa época, y si tomamos en cuenta que tales condiciones fueron únicas porque implicaron la depresión más fuerte que Estados Unidos ha tenido que afrontar, ¿qué se podría haber hecho para que ese orden persistiera una vez que las condiciones hubieran cambiado? El rechazo de las teorías políticas y económicas más importantes en favor de la improvisación realizado por los liberales del Nuevo Orden puso al liberalismo estadounidense en desventaja, ya que el pragmatismo no puede concebirse más allá de un cierto oportunismo, como la política del vaivén que cambia según la opinión pública. Los políticos republicanos y los demócratas se llaman a sí mismos “pragmáticos”, lo cual es una manera de evadir las preguntas tendientes a que definan su posición política. Los únicos políticos que no necesitan usar el término son los fundamentalistas religiosos, ya que a éstos les encantaría tener la oportunidad de definir sus posiciones hasta el cansancio.

Tanto los fundamentalistas como los conservadores están tan de moda que aun el demócrata Clinton habla de valores conservadores como la familia y la comunidad y evita, en lo posible, asuntos como los derechos de los homosexuales, el aborto y la libre expresión en la cultura y el arte. ¿Qué ha pasado entonces con el liberalismo?

Esta tendencia ha tenido una extraña trayectoria. En los siglos XVIII y XIX, la lucha estadounidense en contra de la monarquía inglesa y de la esclavitud sureña tenía una intención liberal con un gobierno republicano y con la libertad en contra de la opresión; en el siglo XX, el movi-

miento progresista buscó el poderío económico del capitalismo corporativo bajo un control democrático. Tales logros históricos se han llevado a cabo con la premisa de que Estados Unidos es un país progresista e ilustrado y que el resto del mundo es justamente lo contrario y tal vez no tenga redención.

En la actualidad la situación ha cambiado diametralmente. A pesar de que el liberalismo ha sido fuente de inspiración para las democracias políticas de Europa del este y aun cuando hoy en día los estudiantes y académicos ya pueden leer las obras hasta hace poco censuradas de los fundadores de la patria, así como son testigos de los adelantos del liberalismo en países como Sudáfrica, gran parte de Sudamérica y algunos lugares de Asia, se encuentra en franco deterioro en Estados Unidos, donde la simple mención del concepto equivale a que el político firmara su “sentencia de muerte” con el electorado. ¿Cómo llegó a ocurrir esto?

Una posible respuesta radica en el hecho de que el liberalismo pragmático que Schlesinger había descrito como el que nutrió al Nuevo Orden de los años treinta fue resultado de los problemas y la inseguridad económica de esa época. Ante los cierres de los bancos y las largas filas de desempleados, miles de personas acudieron al gobierno federal en busca de apoyo, de empleos, de los ahora sagrados e intocables programas de seguridad social y el derecho de los sindicatos a organizarse y a negociar colectivamente los contratos. Tales actividades realizadas o fomentadas por el gobierno no se contrapusieron a los valores de las comunidades locales, por lo que, respecto al empleo, la inquietud de la mayoría de la clase trabajadora y gran parte de la clase media se convirtió en un aspecto fundamental de la coalición de Roosevelt.

El liberalismo estadounidense contemporáneo, sin embargo, ha ido más allá de los aspectos prácticos de la política para entrar en terrenos como las cuestiones étnicas, de género, de preferencia sexual, el aborto, la acción afirmativa, cuestiones en las cuales uno toma una postura determinada por principio, por lo que la política se vuelve un asunto personal que se niega a suprimir diferencias en aras de consolidar una coalición que tenga espíritu pragmático. Este tipo de cultura política ha alejado a la mayoría de los estadounidenses de clase media y a lo que se conoce como la “mayoría silenciosa”, sin mencionar a los fundamentalistas religiosos de derecha, cuyos ancestros alguna vez consideraron

que Roosevelt era su redentor político. Sin embargo, el desgaste del liberalismo del Nuevo Orden comenzó a darse antes de que existiera esta cultura política. Una vez que los millones de electores demócratas se recuperaron de los efectos devastadores de la depresión, abandonaron a su partido al final de la segunda guerra mundial, gracias al arribo de una inesperada prosperidad por medio de su migración hacia los suburbios. La tradición del Nuevo Orden, concebida como una política convenenciera que respondió a las presiones de los grupos organizados, tuvo éxito sólo durante un tiempo, ya que una vez que el ciudadano se convirtió en beneficiario de la seguridad social y de otros privilegios, voló al Partido Republicano.

Cuando se concibió el Nuevo Orden, muchos estadounidenses tenían necesidades y aspiraciones que pretendían el gobierno satisficiera. En la actualidad, todavía hay grupos específicos que insisten en que les satisfagan sus aspiraciones y necesidades, sin ningún empacho en exigir que sus intereses particulares tengan prioridad sobre otros. He aquí la paradoja de un electorado con una posición contraria a Washington y, al mismo tiempo, espera más de sus gobernantes de lo que éstos se hallan en condiciones de proporcionar. La gente odia los impuestos pero le gusta recibir cheques del gobierno; se indigna ante el aumento de la burocracia y demanda una cobertura total del seguro médico; los banqueros se quejan del exceso de regulaciones, pero imploran que las finanzas gubernamentales rescaten a los bancos; los granjeros se quejan de las restricciones a sus cosechas, pero solicitan subsidios. Es un hecho irrefutable que los estadounidenses se han vuelto cada vez más dependientes del gobierno, lo que sugiere que el desprecio general hacia los políticos, tan en boga, es más de carácter psicológico que político. No es necesario que leamos a Ralph Waldo Emerson para que recordemos que hemos perdido la autoconfianza mucho antes de que tuviéramos conciencia de su pérdida, y que tendemos a aborrecer aquello de lo que dependemos y nos harta aquello que depende de nosotros.

La relación de amor-odio de los estadounidenses con el gobierno deriva de los tres problemas ya explicados con anterioridad: el hecho de que Paine y Parrington, con su tendencia jeffersoniana en contra del Estado, dejaron al pueblo sin una comprensión clara de lo que el gobierno debía y no debía hacer, mientras que el pragmatismo deja al

político en libertad para hacer o no hacer, no en función del gobierno sino en función de ser elegido, reelegido y vuelto a ser elegido. Lo anterior nos lleva a lo que sería el cuarto problema: la política dentro de una sociedad democrática.

Richard E. Neustand, en su obra clásica *Presidential Power*, un estudio del liderazgo ejecutivo, expresa un pensamiento muy citado: “el poder presidencial es la facultad de persuadir”. Es cierto, pero nótese qué difícil es esto durante las campañas presidenciales en un sistema primario sumamente desgastado. La paradoja está en que el electorado pretende que su candidato sea el paradigma de la integridad y el carácter y, al mismo tiempo, sea receptivo a sus intereses. La política durante la campaña consiste en convencer al electorado de que quien detendrá el poder tiene convicciones, un acto que requiere consistencia en un ambiente democrático muy heterogéneo. El candidato se esfuerza por proyectar fuerza y sinceridad y, al mismo tiempo, abarcar a los diferentes grupos de interés, con el obvio resultado de que evita o asume posiciones conflictivas. La imagen del político que rehuye o soporta toda clase de indignidades sugiere, más que sinceridad, debilidad y desesperación. Si el político solicita que se le tenga confianza, da la imagen de que abandona sus convicciones en aras de los compromisos y, por lo tanto, es poco fiable. Es paradójico que entre más trata el candidato de ser confiable, menos persuasivo es y más cínico parece a los que observan el espectáculo.

En el panorama político actual existe una gran discusión en torno a qué es lo más importante para el estadounidense medio. ¿Se deben concentrar las elecciones en programas específicos o en una persuasión sutil? ¿En la situación económica o en la personalidad de los candidatos? Cualquiera que sea la respuesta, hay algo que queda claro: la fragilidad del liberalismo es tan notoria que es incluso arriesgado mencionar esa palabra, y que la frase “gran gobierno” es tan execrable que Paine debe estar muerto de risa y Hamilton, llorando amargamente.

Esto no es nuevo en la historia de Estados Unidos. Solamente en una ocasión el pueblo estadounidense ha expresado un gran aprecio por el gobierno: la Gran Depresión. Pero desde la guerra de independencia, que no fue sino una lucha por quitarse de encima al gobierno británico, hasta la elección de Jefferson en 1800 y la de Reagan en 1980, el impulso natural de Estados Unidos siempre ha sido escapar de las

responsabilidades en aras de la oportunidad. Los estadounidenses eligen a los políticos que aspiran al gobierno y, a la vez, lo rechazan abiertamente, por lo que ya que han sido elegidos, dejan al gobierno con más problemas y más empantanado que cuando lo asumieron. En lugar de luchar contra el gobierno, los candidatos pugnan entre sí y los partidos no pueden concebir la política como algo más que la lucha por obtener el poder. Hay un abismo de diferencia del significado de la frase de Tocqueville “sociedad civil”, la cual buscaba fomentar un sentido de ciudadanía común, y el progresismo de Roosevelt, el cual aspiraba a que todo estadounidense se dedicara a la virtud pública y al bien común. En la actualidad, estas ideas perviven sólo en el ámbito académico y nunca deben confundirse con el mundo real de la política.